

Gabriel Vargas Lozano, *En defensa de la filosofía*, Editorial Torres Asociados, Ciudad de México, México, 2022

CARLOS ALBERTO BUSTAMANTE PENILLA
Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña”
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

En los últimos tiempos, la filosofía ha sido entendida especialmente como una actividad académica, en un sentido de la palabra que prácticamente identifica lo académico con lo universitario o directamente con la investigación pura, financiada por organismos estatales o privados. Este fenómeno ha obedecido no solamente a factores, digamos, “internos” al ejercicio filosófico. Desde luego, deben considerarse las transformaciones que las universidades mismas y las ideas y prácticas sobre la educación en general han experimentado, a nivel planetario, en los cien años recientes. Pero conviene, también, prestar atención a los innegables cambios que el “sistema – mundo”, echando mano aquí de la expresión de Immanuel Wallerstein, ha obrado sobre sí mismo y sobre los habitantes de este planeta.

La filosofía no ha quedado al margen de este contexto global. Ella nació al calor de las conversaciones entre hombres –y algunas notables mujeres– de las antiguas *polis*, en las plazas públicas, pórticos y jardines donde el pensamiento aprendía a volar por sus propios medios; pero, a lo largo de los siglos y en particular en el ámbito de Occidente, ha adquirido ropajes escolares, sin que ello la alejara definitivamente de la plaza pública: incluso un Kant, por no decir que un Bertrand Russell o una Hannah Arendt, así como un Samuel Ramos o un Luis Villoro en el caso de México, han buscado –y encontrado– la manera de hacerse escuchar más allá de los muros universitarios. Sin embargo, no parece que nos hallemos ya en la época de los ilustrados que cultivaban la palabra en los diarios para llegar a un público mayor, y más bien enfrentamos situaciones alarmantes. De Huntington a Fukuyama, hemos visto a ciertos filósofos acudir en defensa del capitalismo aparentemente triunfante

—prestándose al juego de legitimarlo para mejor ocultar su crudeza ante las multitudes—. Pero, incluso, en algunos países se ha intentado —y a veces logrado— eliminar la enseñanza de la filosofía, notoriamente en el nivel medio superior. La consecuencia lógica la ha seguido ya el presidente brasileño Bolsonaro, al decretar el cierre de las facultades de filosofía, junto a las de sociología, alegando su improductividad.

Gabriel Vargas Lozano ha emprendido la tarea, coyuntural pero a un tiempo profunda, de reflexionar acerca de la experiencia que, desde México, ha reflejado y enfrentado las condiciones actuales de la filosofía en todo el mundo. *En defensa de la filosofía* es un testimonio personal y colectivo, pero también un conjunto de análisis acerca de la filosofía y su papel en la sociedad, y un llamamiento a la comunidad filosófica del país —investigadoras e investigadores, pero también docentes y estudiantes en todos los niveles—. Las páginas del libro transitan desde la consideración del sistema — mundo en sus condiciones actuales (capítulo I), pasando por la lucha del Observatorio Filosófico de México contra la desaparición de las materias filosóficas en el bachillerato, según se planteaba en la Reforma Integral a la Educación Media Superior (capítulo II), así como por una reflexión indispensable acerca de las posibilidades de la filosofía como pensamiento crítico o como su contraparte, un discurso legitimador del poder factual (capítulo III). El libro arriba, finalmente, a los momentos presentes, consignando la exigencia de llevar a los hechos la disposición constitucional que, hoy por hoy, hace de la educación en filosofía un derecho de las mexicanas y mexicanos (capítulos IV y V). *En defensa de la filosofía*, puede decirse sin exageración, es un material histórico al cual habrán de acudir quienes, en el futuro, indaguen acerca de la marcha de la filosofía y de la educación en general en estas tierras. Pero también, debe insistirse en ello, es un conjunto de ideas en sí mismas filosóficas, en tanto que ponen ante nuestros ojos la gran pregunta acerca de la praxis, o del pensamiento como praxis que se relaciona con los hechos históricos y los fenómenos sociales, no sin conflicto pero siempre con esperanza.

Esa praxis, actualmente, no puede siquiera concebirse sin atender a la existencia de un cierto sistema — mundo, que se extiende a lo largo y ancho del planeta y en cuyo seno la filosofía ha sido marginada tanto

del espacio público como del ámbito educativo, al igual que el resto de las humanidades (p. 15). Los ejemplos de esta situación, que incluyen el caso de México, se repiten con tal constancia que inevitablemente se revela una tendencia. Pero, ¿a qué puede obedecer esto? Vargas Lozano distingue dos tipos de causas para la situación: las que se desprenden de la manera en que los poderes de hecho y *de iure* se estructuran y legitiman, y las que tienen que ver con lo que llama “capacidad de reacción” por parte de quienes nos dedicamos al ejercicio de la filosofía, principalmente en lo que toca a su enseñanza (p. 16).

Respecto al primer tipo de causas, resalta un hecho: en los procesos de cambio histórico y de construcción de legitimidades sociales y políticas en Occidente, la filosofía ha jugado un papel principal a lo largo de la historia. Fue ella quien gestó las ideas que terminaron por dar sentido a varios de aquellos cambios; el ejemplo del liberalismo clásico y de la Ilustración es modélico aquí. Sin embargo, en una suerte de complicada dialéctica de las cosas, las ideas que alguna vez orientaron a las sociedades hacia un futuro más promisorio muchas veces llegaron, en momentos posteriores, a legitimar la dominación de algunos sectores sobre otros. Puede acudirse, para constatarlo de nueva cuenta, al trayecto del liberalismo y del pensamiento ilustrado, aunque también al de los diversos marxismos e incluso al de los positivismos (pp. 18-19). Esta constatación lleva a Vargas Lozano a inferir una idea esclarecedora: la filosofía no está exenta de convertirse, como ha ocurrido varias veces, en una sombra desvirtuada, una ideología impuesta, y prestarse así para legitimar situaciones de dominio y exclusión (capítulo III).

Una mutación de esa clase es lo que el autor identifica como síntoma de estos tiempos de cambio. Existen voces, provenientes de la academia filosófica, que han declarado el fin de la historia (Fukuyama), o bien el “fin de las ideologías” (Daniel Bell), con acentos tales que concluyen en la proclamación del final de las aspiraciones por un mundo mejor y más justo. Tales declaraciones contribuyen sustancialmente a la desorientación general frente a los factores del cambio. Vargas Lozano enuncia algunos de tales factores: maneras diversas de entender el propio mundo, y en particular el espacio y el tiempo; enajenación pública creciente;

cosificación de las relaciones humanas; dominancia de la imagen sobre el pensamiento conceptual, entre otros (p. 20). La naturaleza de esos cambios, por sí misma, parece proclamar la urgencia de la reflexión filosófica, y sin embargo es precisamente ahora que tal reflexión se dificulta en virtud de la pretendida o consumada desaparición de la filosofía del espacio público y de la educación. Sin embargo, según lo entiende Vargas Lozano, esta coincidencia no obedece a una casualidad.

Resulta que, al menos desde los años ochenta del siglo pasado, organismos internacionales dedicados formalmente a problemas de tipo económico se han hecho cargo, además, del mundo de la educación. Desde luego, el caso más visible es la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Dicha organización ha impuesto a sus socios (México incluido) una agenda educativa orientada a fortalecer cierto modelo de producción económica. Esa agenda educativa, definida por la aspiración a la “competencia” en el manejo de tecnologías altamente cambiantes, ha resultado poco favorable para las humanidades, disciplinas cuya “utilidad” no responde a preguntas técnicas: su “para qué” no es instrumental, sino social, como señala Vargas Lozano (p. 8). Esto último significa que el sentido de las humanidades, y de la filosofía entre ellas, tiene que ver con la concepción y la construcción de formas de existencia que desbordan los estrechos límites de la producción económica. Pero, al no interesarse en encontrar sentido a la realidad más allá de dicha producción económica, la OCDE no ha tenido reparo alguno en buscar, incluso, la instrumentalización de las humanidades, reduciéndolas a elementos accesorios en la subjetivación de las personas necesarias al sistema, por vía de la burda disolución de las disciplinas —especialmente las filosóficas— en una extraña idea de “transversalidad”. Desde esta perspectiva, puede entenderse mejor por qué Vargas Lozano insiste y alerta sobre el posible papel ideológico y legitimador al que puede reducirse la filosofía si quienes la ejercen no la defienden.

En este punto habría que atender al segundo tipo de causas que han conducido a la problemática actual. ¿Cuál es la capacidad de respuesta de las comunidades filosóficas frente a las amenazas del presente? La realidad al respecto no podría ser sino compleja: de nuevo, en una suerte

de trama dialéctica, hay que atender a las señales alentadoras, y también reconocer la responsabilidad de las propias filósofas y filósofos profesionales de frente a la condición imperante. Esta responsabilidad deriva de algo que se insinuaba al principio: la filosofía ha sido entendida, al menos en las últimas décadas, como un ejercicio académico muy especializado, y en consecuencia bastante alejado de las preocupaciones y complicaciones propias de la vida cotidiana. Esa “vida cotidiana”, por cierto, no ha de entenderse en abstracto, sino en toda la contextura de los elementos sociales, económicos, culturales e históricos en general que la determinan. El punto es que, quienes ejercen la filosofía desde la academia, no han encontrado –o siquiera buscado– la manera de incidir en los problemas más acuciantes del hoy, comunicándose creativa y eficazmente con las personas no especializadas pero tal vez deseosas de encontrar, en algún lugar, luces y pistas para entender y orientar sus existencias, en lo individual y en lo colectivo. Por otra parte, ahí donde se le enseña como materia del currículum, la filosofía y sus ramas –la ética, la lógica– son presa de didácticas inadecuadas que poco dicen a las y los jóvenes acerca de sus profundas inquietudes, precisamente las inquietudes que serían material excelente para la reflexión filosófica si se procediera de modo más prudente.

De hecho, este último tipo de problemas fue parte de lo que suscitó el nacimiento del Observatorio Filosófico de México (OFM), a finales de la primera década de este siglo. Otro tipo de problemas, íntimamente relacionado con el anterior, y ocasión también para la aparición del OFM, ha sido el que atañe a la escasa difusión de la filosofía en nuestro país, expresada sobre todo en su mínima presencia en los medios de comunicación (p. 30). Sin embargo, la urgencia de enfrentar la reforma que, por entonces, desaparecía a las materias filosóficas de la educación media superior, se convirtió en prioridad ineludible. La primera gran prueba para el Observatorio concluyó con ventura, pues no sólo se consiguió que las materias filosóficas regresaran a los bachilleratos, sino que se atrajo la atención pública sobre la filosofía misma y sobre su importancia en la vida de México, al tiempo que se sumaban importantes simpatías entre diferentes actores políticos y culturales. Pero, en contraste, las tareas relativas a la mejoría de

la didáctica filosófica y a la difusión de la disciplina han transcurrido con mayor lentitud y dificultad.

¿Será que aquella primera lucha del Observatorio Filosófico de México contribuyó a que se renovara, así fuera hasta cierto punto, el interés por el papel social y cultural de la filosofía? En todo caso, la conclusión de aquella etapa inicial prácticamente coincidió con otro hito: la publicación, por parte de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) del libro *La filosofía, una escuela de la libertad* (2011). Vargas Lozano se pregunta por la posibilidad de que ambos acontecimientos dieran lugar a un giro menos ominoso en la historia, marcado entre otras cosas por el auge de la Filosofía para Niños y de las llamadas “nuevas prácticas filosóficas”, tales como los cafés y los talleres que han gozado de cierta popularidad en Europa y que comenzaron a aparecer en nuestras tierras (p. 34, nota). En todo caso, lo que definitivamente es una realidad es la inclusión de la filosofía como parte de los saberes a los cuales se tiene derecho en este país, mediante una reforma al artículo 3º. constitucional llevada a cabo a inicios del gobierno de Andrés Manuel López Obrador. También de esta reforma habrá que decir que resultó, en buena medida, de los esfuerzos del Observatorio y sus aliadas y aliados.

En defensa de la filosofía se completa con una serie de apéndices, interesantes por sí mismos y sumamente valiosos para quien escriba, alguna vez, el relato de estos años. Destaca la propuesta del OFM para la ley secundaria del artículo 3º., ley aún pendiente y sin la cual la reforma no pasará jamás a la práctica concreta. Esto último es un recordatorio de que la lucha por la filosofía está lejos de concluir. Tal vez, de hecho, se enfrente un nuevo momento crucial justo en este año de 2022 en que el libro de Vargas Lozano sale a la luz, pues otra reforma educativa al nivel medio superior amenaza, de nuevo, con desaparecer las materias filosóficas. En todo caso, *En defensa de la filosofía* cuenta una historia sobre la primera parte del camino. Pero hace más que eso: al hablar de ella misma, de sus peripecias y desafíos, la filosofía da lugar a más filosofía: estamos ante un libro que reflexiona, filosóficamente, sobre el tiempo crítico que sigue siendo el nuestro.